

## LA PROCESIÓN

A menudo se piensa que quienes participan en una procesión, sea de gloria o penitencial, lo hacen por motivos que no son los propiamente cristianos. Se cree con demasiada frecuencia que estas manifestaciones de fe no son auténticas porque quienes participan en ellas no son considerados buenos cristianos. Sin entrar, con hondura en estas consideraciones, entiendo que cristiano es todo aquel que sigue a Cristo, todo hombre que camina al encuentro con Dios. Y ese caminar permanente nos habla más del viaje que de la llegada. El cristiano, como el hombre no es el seguidor perfecto, ésa es su meta sin duda, la perfección, pero pocos la alcanzan en este mundo. Estamos llamados a la Santidad, sí, pero para ser realistas, la mayoría camina continuamente hacia ella sin conseguirla del todo. Por esto, considero un error ese análisis simplista del acto.

La procesión es un acto de fe pública. Por tanto es una acción provocadora, cuyo resultado, frecuentemente es un ataque, ya sea de quienes no siente esa fe, o de aquellos que teniéndola, no han poseído el arrojo suficiente para ponerse en camino y manifestarla públicamente. Acerca de ésto último, reconozco que quedarse acurrucado en el interior del templo, al calor de las luces, a salvo de miradas, reproches y, a veces insultos, es mejor. Mucho mejor que exponerse a las inclemencias del tiempo, al cansancio y la tensión que indudablemente todos sentimos cuando acompañamos a nuestras sagradas imágenes por las calles de nuestra ciudad. Con ello no pretendo subestimar a quienes honran a Dios acompañándole en oración, pues creo con sinceridad que ellos han escogido, como María, la hermana de Lázaro, el mejor sitio para estar con Él. Pero sí quiero reivindicar que los que salimos en procesión realizamos un acto religioso de oración, de sacrificio que en muchos casos no es, no digo reconocido, sino respetado por la mayoría. Y es que esto de la penitencia no es comprendido y mucho menos admitido en nuestro mundo.

Hoy en día se ha generalizado la tolerancia en todos los ámbitos. Todavía más, respetamos todo. Todo, incluso lo que no es bueno. Desatendemos lo moral y ético para sacrificarlo en el altar de la tolerancia. Todo esto se detecta en la educación con los hijos; en las conversaciones y en el comportamiento general. Los sociólogos ya han advertido del peligro que existe, sobre todo en los más jóvenes, de ese abandono de todo lo que es ético y moral. Así, escuchamos con asombro el relato de acciones visiblemente reprochables, contadas en clave de humor para agrandar, sin que nadie rectifique al respecto. Todo esto se hace con el fin de buscar supuestamente el modo de ser y hacer feliz. Así nos encontramos en lo meramente religioso sino una actitud claramente hostil, sí de incomprensión hacia todo lo relacionado con la penitencia. ¡Nada de sacrificios!, ¿Para qué? ¿Acaso Dios los quiere? ¿No se ha dicho hasta la saciedad que se quiere al Cristo que anduvo en la mar y no al que fue clavado en un madero?

Una formación religiosa, que curiosamente no se nos reconoce a los cofrades, nos impulsa a imitar “absurdamente” a aquel que ayunó en el desierto de palestina, cargó sobre el leño los pecados del mundo y advirtió a todo el que quiso oírlo que para seguirle hay que coger la cruz. Mejor, hay que abrazar la cruz. Muchos piensan que todo esto tiene un sentido metafórico, pero lo cierto es que su cruz pesó realmente. El hombre, duro de cerviz, tiene que sentir en su cuerpo para poder comprender en

espíritu. Hay que humillar el cuerpo para elevar el alma, aconsejan los Santos Padres de la Iglesia.

La procesión es una buena excusa para ofrecer la espalda. Pero en las nuestras no salen portadores de cruces. Ya no. En mi Hermandad sólo quedan dos cruces que nadie coge. Sólo hay hermanos de luz. Y éstos son pocos, muy pocos en realidad. La mayoría nos ven pasar en las aceras. Entre nosotros también se ha sucumbido a las máximas que nuestra sociedad impone. Nuestros comportamientos difieren de generaciones anteriores y nuestras procesiones lo proclaman abiertamente. No sabemos que deparará el futuro a todas nuestras Cofradías. Pero yo sigo pensando que las Cofradías en la calle durante los días en los que se rememora la Pasión del Señor, dan el mejor testimonio que pueden sobre el sufrimiento de aquel Dios que quiso padecer para redimir a los hombres. Hoy no se comprende este modo de actuar de Dios. Muchos piensan que Él, Omnipotente, podía habernos salvado de otro modo menos violento y trágico.

Todavía me estremece el comentario que hizo un médico hace bastantes años, ante la Pasión de Cristo. Éste hombre afirmó, tras un meticuloso estudio de las Sagradas Escrituras y de la historia, que el simple hecho de llegar vivo al calvario donde lo crucificaron, fue extraordinario, casi un milagro. Tales fueron los sufrimientos padecidos por Cristo. Sufrimientos que demostraron palpablemente su caridad, que no es otra cosa que el amor que Dios siente. Cristo se enfrentó a todo y a todos por mostrar en plenitud ese tipo de amor que sólo Dios puede albergar. Sólo podemos constatar que nuestras Hermandades y Cofradías penitenciales saben, también como Él, del abandono de los suyos, de las miradas hoscas y la incomprensión general, cuando caminamos por esa “vía dolorosa” en que convertimos nuestras calles durante nuestra Semana Santa.

María del Rosario de la Chica Moreno